
Entrevistas

Diálogos con la política,
la cultura y el poder

Margarita Rivière



ÍNDICE

PRÓLOGO. <i>Pionera inquieta, maestra tranquila</i> , por Roberto Herrscher	7
INTRODUCCIÓN, por Margarita Riviére	13
 I. LOS OCHENTA	 21
Juan Carlos I	23
Julio Iglesias.....	27
Eleuterio Sánchez, <i>el Lute</i>	31
Eugenio Trías	35
Ernest Lluch.....	39
Pasqual Maragall.....	43
Felipe González	47
Su Santidad el Dalái Lama.....	53
Pedro Almodóvar	57
Elena Francis / Soto Viñolo.....	61
Jordi Pujol	65
John Kenneth Galbraith	71
Elia Kazan.....	75
Joseph Losey	79
Comandante Tomás Borge	83
Sean McBride.....	87
Dolores Ibárruri, <i>Pasionaria</i>	91
 II. LOS NOVENTA.....	 95
Lynn Margulis	97
André Fontaine	101
Anthony Giddens	105
Edgar Morin.....	109

Oriol Pujol Ferrusola	113
Ruth Bader Ginsburg	117
Jeremy Rifkin	121
Yoko Ono	125
Yehudi Menuhin	129
Umberto Eco	133
Jesús Lizano.....	137
Katherine Graham	141
Betty Friedan	149
Graça Machel	157
Emma Bonino.....	165

III. EL NUEVO SIGLO..... 173

Manuel Castells	175
Susan George.....	183
Consol Tura	187
Francesc Santacana	191
Marie France Hirigoyen	195

PRÓLOGO

PIONERA INQUIETA, MAESTRA TRANQUILA

1. Una intelectual en la redacción

Al comienzo del siglo **xxi**, ya rozando los sesenta años de edad, la periodista Margarita Rivièrè se lanzó a dos nuevas aventuras a la vez.

Rivièrè, quien ya tenía una treintena de libros a sus espaldas, aceptó la invitación de Josep Cuní para escribir y leer en antena una columna radiofónica semanal en su programa mañanero de Ona Catalana, y empezó, con el entusiasmo de los principiantes, a escribir periodísticamente en catalán. Como catalana que fue a la escuela durante el franquismo, Margarita no había estudiado su idioma natal formalmente. «Fue como empezar de nuevo», dice hoy Margarita.

Unos años más tarde, Cuní reunió en un libro varios de los «textos hablados» de sus tres columnistas estrella. El libro se llamó *3X1: El mundo actual a través de tres generaciones* (Rosa dels Vents, 2003). La más veterana era la mítica luchadora antifascista y escritora tantos años exilada Teresa Pàmies. La «niña», la entonces joven promesa Pilar Rahola. Y «la del medio» era Margarita Rivièrè. Eran tres mujeres intensas y brillantes, tres voces femeninas para seleccionar trozos de la realidad más inmediata y ayudar a los oyentes a pensar.

Así presentó Cuní a Margarita Rivièrè en su prólogo a *3X1*: «La periodista más sólida del país. Avalada por un trabajo profesional tan amplio como indiscutible en su valor intelectual, la cantidad de libros publicados y su incidencia —también a nivel internacional— echa leña al fuego vivo de una mente despierta, necesitada de preguntarse de manera constante el porqué de todas las cosas y de buscar sin límites razones satisfactorias».

«Pero eso no es todo», continúa Cuní. «Porque durante la investigación, y siguiendo su adecuado camino para hallar las respuestas correspondientes a las múltiples preguntas, reflexiona, analiza, teoriza también sobre los diferentes obstáculos que parecen impedirle avanzar. Pero ella los supera con éxito, y llega a la meta con unas conclusiones que no han dejado al margen ningún detalle por pequeño que sea. Esos detalles son, en definitiva, los que conforman la complejidad de nuestra vida cotidiana.»

En esta pequeña historia encuentro dos cosas esenciales de Margarita Rivièrè. En primer lugar, su lanzarse a un nuevo medio y un nuevo idioma a una edad en que muchos colegas se retiran o se limitan a repetir viejas fórmulas. Y en su certe-

ro elogio, Cuní destaca la mirada siempre atenta, el fijarse en detalles que otros pasan por alto, y la forma en que Margarita Rivièrè lleva sus observaciones mucho más allá de la noticia, al terreno del análisis y la teoría.

Así es esta periodista aventurera y profunda.

De la obra de esta periodista exquisita, en este libro encontrarán una selección del género al que ha dedicado gran parte de su carrera, un género al que ha aportado novedades y joyas.

Debo advertirles que en las siguientes páginas les aguarda una fiesta triple: Margarita ha seleccionado personajes fascinantes, sorprendentes; los ha entrevistado con maestría y ha sacado de ellos más que ninguno o casi ninguno de sus colegas; y finalmente, por su mirada amplia al mundo y al papel del periodista, ha sabido crear texto a texto un cuadro profundo de un mundo en constante cambio, y de un mundo social —Catalunya y también España— en momentos clave de su historia.

Estas entrevistas cumplen con lo que para mí son las reglas básicas de una muy buena entrevista: en ellas se habla de algo que pasa o pasó fuera del momento de la charla, pero también son un momento de apertura y descubrimiento en sí mismo. En ellas pasa algo. Aunque sean breves, tienen un arco dramático, vemos a una mente brillante tratando de entender a su entrevistado, o de entender un tema a través de la persona que tiene enfrente. Se leen como pequeñas obras de teatro con dos personajes.

Margarita Rivièrè comenzó en esto del periodismo a finales de los años sesenta. Ha publicado más de treinta libros, ha introducido en el periodismo español temas antes no considerados dignos, y hoy aceptados y prestigiosos, como la moda. Y temas antes considerados tabú, como la experiencia de la vejez y las etapas de la vida de las mujeres

¿Quién escribía sobre la experiencia y la sensibilidad de las mujeres mayores antes que ella? ¿Y quién se había atrevido a dedicar un libro a la menstruación, como hizo Margarita con su hija Clara de Cominges en 2001? ¿Y quién tomó con tanta seriedad como ella el tema de la formación de la Unión Europea y la importancia de la entrada de España en la Europa de los ochenta? ¿Y quién escribió con tanta perspicacia y profundidad sobre la dictadura de la fama en el imaginario mediático del nuevo siglo?

Nadie. Margarita Rivièrè es insustituible, porque muchos de los temas que ahora consideramos lógicos, como si hubieran estado siempre, fueron puestos sobre la mesa del debate periodístico por ella. Y qué suerte tiene este país de que lo haya hecho alguien con la inteligencia, el rigor y la ética de esta pionera humilde.

Como todo verdadero maestro, Margarita es modesta. No será ella quien se ponga medallas. Por eso me alegra mucho tener la posibilidad de escribir este prólogo.

Esperarían ustedes en vano a que ella misma les contara lo importante que fue para el debate sobre temas de Historia con mayúscula y de vida doméstica. No se me ocurre ningún periodista al que se aplique mejor la máxima de que no hay temas menores, sino escritores menores.

En su larga trayectoria, Rivière tuvo dos «picos» fundamentales de relación con la entrevista. Uno fue en los ochenta, cuando como parte del equipo fundador de *El Periódico de Catalunya*, publicó una entrevista diaria («libraba» los domingos) durante cuatro años. De allí partió a dirigir la delegación en Catalunya de la agencia EFE, una experiencia de la que suele hablar con gratitud y que le dejó, como las demás, muchas enseñanzas. Y tras ese trabajo enorme, otro aún mayor: cuatro años más de entrevistas diarias en *La Vanguardia* en los noventa.

Mis alumnos suelen leer a los tres excelentes periodistas que hoy se turnan para hacer las entrevistas de *La Contra* de *La Vanguardia*. Yo les digo que en los noventa, Margarita Rivière hacía el trabajo de los tres.

2. Cada entrevista es parte de un proyecto

Lo más parecido a una autobiografía que ha escrito Margarita es un libro delicioso para una colección de Editorial Síntesis sobre los placeres de la vida. Otros escribieron sobre el placer de leer, de escuchar música, de comer y de danzar. Ella dedicó un libro al profundo y simple placer de ser mujer (2005).

Allí sus lectores aprendimos que, para Margarita Rivière, ser mujer es lo mismo que ser periodista, ser observadora de la realidad, tratar de ser hija, esposa y madre, intentar ser catalana y española, estar preocupada por la situación de los desfavorecidos y comprometida con las causas de su tiempo.

Al argumentar las razones por las que se lleva bien y armoniosamente con su sexo, la autora se dedicó a contar su historia personal y profesional. Y un capítulo central en esa historia lo componen los años dedicados a la entrevista. En su visión, entrevistar tanto y a tanta gente fue su mejor escuela.

«La gente con la que hablaba en estas entrevistas [...] me enseñaba muchas cosas: todo un mundo aparece detrás de cada persona y a mí todo me interesaba», confiesa con placer Margarita. «Pero, con la premura y la presión del trabajo, apenas podía digerir toda aquella riqueza humana, lo cual me estresaba muchísimo. De la primera etapa de mis entrevistas diarias me queda, sobre todo, un retrato bastante preciso de mi generación.»

Leyendo esto terminé de entender el método, la unidad que late detrás de su sucesión de entrevistas con personajes tan distintos como los que aparecen en este libro, y que van desde presidentes y líderes revolucionarios, religiosos y sociales hasta pensadores, novelistas, actores, músicos, jueces y condenados. Es un retrato coral de su época.

Así como Josep Pla trazó en su sucesión de perfiles de catalanes ilustres un mapa de su país, así como Joseph Mitchell recorrió las calles de Nueva York pin-

tando un mapa de los seres anónimos de su ciudad, Margarita Rivière plasmó a lo largo de miles de entrevistas una idea colectiva del tiempo que le tocó vivir.

Y, dado que entre sus entrevistados había gente a la vanguardia de la creación artística y científica y la organización de plataformas y estructuras sociales nuevas, también se adentró en el esbozo del tiempo futuro.

«Me queda también, como fruto de estas entrevistas, la detección de no pocos problemas que se agigantarían con el paso del tiempo», escribe en *El placer de ser mujer*.

Y los enumera: «La tiranía de la belleza y la eterna juventud, el problema de la vejez, la frustración de las mujeres y la desorientación masculina en general y en la organización del mundo en particular, el papel cada vez más decisivo de los medios de comunicación, la desigualdad del reparto de las riquezas del mundo, las consecuencias de la acción humana sobre la naturaleza, la mercantilización de la ciencia... Tengo la sensación de que todo lo que ahora nos preocupa gravemente ya estaba inventariado y sobre la mesa en aquellos lejanos años ochenta tal como aparece en mis entrevistas» (pág. 93).

Desde finales del siglo xx, Margarita Rivière se liberó del periodismo diario, pero de ninguna manera bajó el ritmo. Si hay algo constante en su carrera es dejar lo que ya sabía hacer muy bien para aceptar nuevos retos, lanzarse a desafíos estimulantes. Así es como aparecieron libros sobre la visión femenina (*El mundo según las mujeres*, El País/Aguilar, 2001), sobre la moda (*Crónicas virtuales: la muerte de la moda*, Anagrama, 1998), y sobre otro de sus temas estrella: el poder de los medios (*El malentendido*, Icaria, 2003).

«Escribir libros y trabajar por mi cuenta me obligó, con la sorpresa de que era un placer casi nuevo y devorador, a descubrir la pasión por la lectura», cuenta Margarita en *El placer de ser mujer*.

«Organicé mi tiempo para poder leer y lo hice vorazmente, de forma desordenada, pero con la ventaja de que si algo da la experiencia es la capacidad para saber encontrar lo que a uno le interesa [...]. La experiencia, en una mayoría de casos, también es un placer, aunque no esté así reconocido» (págs. 100-101).

Y también volvió a repasar sus entrevistas. Ya había publicado en los ochenta una primera colección de entrevistas, *La generación del cambio* (Planeta, 1984). En *El segundo poder* (El País/Aguilar, 1998) se centró en el tema del periodismo, su propio oficio. Así reunió en un tomo muchas de sus entrevistas con reporteros, editores, pensadores y contadores de historias. Es el relato de una nueva generación, en este caso centrado en el poderoso e inquietante nuevo mundo del periodismo en la era digital y de los conglomerados mediáticos.

Pero hay preocupaciones que no cambian mientras su mirada se posa en las novedades del mundo. Atraviesa la obra de Margarita Rivière una preocupación pe-

renne sobre las desigualdades sociales, sobre la construcción y la destrucción del estado de bienestar, sobre los males del capitalismo crudo y el egoísmo de los poderosos.

En 1995 ya definía con rigor y lucidez el mundo que se estaba terminando de formar y que hoy nos atenaza: «¿Quién puede escapar al fundamentalismo laico del dinero?», se preguntaba y nos preguntaba.

Y como los temas le seguían zumbando como moscardones, así definía en su columna de radio en Ona Catalana el 7 de febrero de 2002 el credo de esa religión atroz que nos rige «con una doctrina: el capitalismo salvaje y duro; con un lenguaje: el de la competición; con unos rituales: comprar y vender para ganar; con unas normas: el interés individual y la victoria del más fuerte; con un premio: el poder, la dominación; con un castigo: la marginación, la sumisión; con un bien: la riqueza; con un mal: la pobreza».

En toda su obra, Rivière nunca deja de pensar que la experiencia humana a ras de calle y las construcciones político-económicas son caras de la misma realidad. Entrevista a los poderosos y los grandes pensadores para que le expliquen el mundo, y habla siempre con las víctimas, con los anónimos, para que nos transmitan cómo se siente, cómo se vive, cómo se sufre la estructura que en la época de la gran periodista se va haciendo más potente y más cerrada.

Después de leer a Margarita Rivière somos algo más sabios, entendemos mejor el mundo que nos rodea y nos entendemos mejor a nosotros mismos.

Y con las entrevistas, el eje y la cadena de la producción periodística de la autora, vamos asistiendo a una larguísima y fascinante conversación con el mundo. A ella nunca le faltan las preguntas. Muchas veces sentimos que las mejores son las «repreguntas», las que le surgen a partir de algo que está diciendo el entrevistado. Tenemos la sensación de que por más que escriba o grabe, Margarita está siempre atenta, se adelanta a lo que nosotros quisiéramos preguntar.

3. Siempre con una pregunta en la comisura de los labios

Esto mismo pasaba en sus clases del máster en Periodismo de IL3-Universidad de Barcelona que tengo el placer y el privilegio de dirigir. Durante una década, Margarita Rivière fue nuestra profesora de entrevistas.

A diferencia de los otros profesores, ella no quería que los alumnos le entregaran sus textos por anticipado, no quería verlos con tranquilidad y anotarlos con paciencia en su casa. Quería ser sorprendida ante la entrevista leída delante de todos los alumnos. Su reacción era instantánea, y siempre encontraba cosas que los demás y el mismo autor no habían visto.

Más de una vez yo entré sigilosamente en clase y me quedé en un rincón. Pude presenciar momentos mágicos en los que el estudiante terminaba de leer y ella respiraba hondo y pedía que volviera a leer algo. Podía ser una pregunta, parte de una respuesta, el título, el final. Pero era siempre un momento clave, el momento en que un artículo imperfecto y a veces aburrido adquiriría sentido, relevancia, dra-

matismo, humor. Su oído absoluto había detectado la clave para apreciar ese texto. Y nosotros éramos testigos del momento en que la mente de una gran periodista hacía «click». Sus clases dejaron huellas imborrables en muchos de nuestros ex alumnos.

Espero que esta antología, que trae al presente momentos importantes del periodismo de este país, recuerde a sus lectores algunos de sus mejores momentos. Y que atraiga a nuevos *rivieristas* que se acerquen desde otros acentos y otros ámbitos a su estilo directo, respetuoso, preciso de entrevistar.

Les invito a leer estas entrevistas, que atraviesan más de tres décadas, como si se tratara de una larga conversación. Margarita Rivièrè habló con decenas de personajes admirables, extraños, queribles o inquietantes. Pero siempre, en el fondo y muy profundamente, está hablando con nosotros, sus lectores.

ROBERTO HERRSCHER

INTRODUCCIÓN

Entrevistas, libres, sin reglas

Cuando se han hecho cientos, miles de entrevistas uno acaba sabiendo que las buenas entrevistas no tienen reglas fijas. Para mí, como lectora, una buena entrevista es aquella que te engancha por su tema, por el personaje, por la inteligencia o el humor de los que hablan o por todo aquello inexplicable que tienen las conversaciones extraordinarias.

Una buena entrevista permite a quien la lee aprender algo nuevo: un conocimiento sobre la vida, el ser humano o el saber compartido. Y una buena entrevista es aquella en la que el periodista desaparece como protagonista aunque, obviamente, jamás se habría hecho sin él.

Podría parar aquí mismo y puntualizar que los lectores son suficientemente perspicaces para elaborar, por ellos mismos, su propia versión de lo que es una buena entrevista. Pero añadiré que yo misma, a lo largo de más de cuarenta y cinco años de lectura y realización de entrevistas no he hallado ningún canon que ayude a definir ese género tan elemental como virtuoso si logra su objetivo, que no es otro que la plenitud de la comunicación entre dos (entrevistado y entrevistador) que, aunque no se vea, se sitúan ante una multitud de personas que siguen atentamente (es de esperar) el diálogo. Es un asunto que no se puede encorsetar en un puñado de normas.

Las buenas entrevistas pueden perdurar y crecer con los años o pueden desaparecer, engullidas por el contexto social e histórico o por el humor del lector.

Nada hay más etéreo que estos intercambios de palabras, de ideas y, tal vez, de sentimientos que llamamos entrevista periodística. Un género enrevesado, compuesto de opinión, de información, de intuición y de corrientes subterráneas, como la simpatía o la animadversión (no siempre manifiestas, pero siempre existentes) entre quienes hablan. Comunicarse es abrirse, entregarse al otro y a los demás: ésta es la materia prima; si esto falla iremos mal.

Es un género que sólo se presta a la indiferencia cuando se cae en la rutina, en la fórmula hecha o en la demostración de lo indemostrable (por ejemplo: lo listo que soy yo, entrevistador, o lo listo que soy yo, entrevistado). Porque todo ello ocurre, y también muchas otras cosas que voy a intentar resumir.

La base del periodismo

Lograr una o muchas buenas entrevistas depende de una suma de circunstancias y de subjetivismos incontrolables. Lo único que es seguro, y esto es lo que explicaba el primer día de clase a mis queridos alumnos del Master de Periodismo de la Universidad de Barcelona y la Universidad de Columbia, es que la entrevista es la base del periodismo.

Toda información, efectivamente, nace de una conversación. No basta una mirada (del periodista hacia el suceso, el paisaje, el hecho, el personaje), hace siempre falta que aquella mirada se contraste con el contacto con lo real y esto suele hacerse mediante entrevistas.

El periodista, por tanto, ha de ser un entrevistador nato, lo cual nos pone ante la ineludible necesidad de que ha de ser alguien que quiera saber más, que quiera conocer para entender cómo suceden las cosas, cómo funciona el mundo y cómo son las personas.

Todo periodista es un indagador que tiene en la entrevista su herramienta primordial. A través de ella puede ofrecer a los lectores, oyentes, espectadores, usuarios (así llamo a quienes utilizan las redes digitales) y, finalmente, a los ciudadanos en general unos conocimientos sobre los hechos que suceden en el mundo (y por qué) que resulten imprescindibles a un amplio número de personas.

Esto sí que es una regla básica del periodismo: todo lo que se hace —indagar, preguntar, conocer, entender— ha de servir a un número significativo de personas. El periodismo (tampoco la entrevista como género) no debe satisfacer curiosidades individuales sino incógnitas comunes y compartidas. Esta necesidad de universalidad (que requiere un contacto constante con públicos e intereses muy plurales) forma la legitimidad que otorga al periodista el privilegio de preguntar, de indagar, de saber y de conocer.

Efectivamente, lo subrayo: preguntar, indagar, saber y conocer de primera mano algo es un enorme privilegio cuya única contrapartida posible es asumir la responsabilidad de organizar el puzle de lo percibido y ofrecerlo con fidelidad al lector.

Sólo este lector, este público, este ciudadano, es el legítimo destinatario de lo que el periodista averigua, porque lo hace en su nombre, trabaje para una empresa pública o privada, eso da igual.

El marco de la entrevista

Mi admirado amigo Salvador Pániker (autor de dos magníficos libros de entrevistas en los años setenta titulados *Entrevistas en España* y *Entrevistas en Cataluña*) asegura que lo que conocemos como entrevista periodística «es una instantánea», un flash que focaliza aquel momento y no otro.

Esta definición sobre la fugacidad del intento de plasmar una realidad es aplicable al periodismo en general (que hoy requiere a menudo la «serialización» de las informaciones, sus cambios y giros) y, desde luego, a la entrevista. El género periodístico al que llamamos entrevista, en cambio, suele ser una pieza de capítulo único.

Pániker daba en la diana al subrayar la humildad imprescindible en todo proyecto periodístico (y una entrevista siempre será una brizna): un flash, una instantánea de una realidad que es mucho más compleja y difícil de resumir.

Por ello, en la entrevista sobran las pretensiones de *retrato* o, siquiera, de definición de un personaje. Pero, en cambio, nunca puede ser un *invento*, una fantasía, una representación o algo que no tenga nada que ver con la realidad del entrevistado. La clave está en valorar correctamente la oportunidad de la entrevista, tener claro el propósito y saber adaptarse a las circunstancias de su realización.

La síntesis imprescindible (en el periodismo el tiempo no sobra nunca) es útil para captar ideas y esencias, pero no ayuda a saberlo todo sobre las múltiples piezas que pueden coincidir en cualquier asunto: es importante tenerlo en cuenta. El periodista no es un sabelotodo: el periodista está siempre indagando, preguntando, porque nunca sabe bastante.

Me entenderá bien quién ha necesitado libros para describir realidades: cualquier entrevista, por larga y real (prefiero definirla como real antes que como veraz o fiel) que sea, siempre es una simple «foto» de la realidad.

Vale la pena relativizar el género porque esta es una de las mayores dificultades del periodismo: lograr una síntesis que sea un buen reflejo de lo real. Escribir sobre esto en la época de los twits puede resultar chungo. Lo es. Quizás las redes sociales componen, por sí mismas, una imposible *entrevista universal*. Alguien lo estudiará, seguro. Recordemos, sin embargo que la síntesis de la síntesis es un simple eslogan publicitario, lo más alejado del periodismo y de lo que suele ser la realidad. Ser sintético, por tanto, no es crear estereotipos o prejuicios como suelen hacer los anuncios.

Mi amigo Pániker sostenía también que «toda persona entrevistada acaba reducida a los límites mentales del entrevistador».

A esta observación, que comparto, debo añadir, con ironía y por experiencia, que «todo entrevistador puede acabar reducido a los límites mentales de su entrevistado» (si no va con cuidado).

Aunque, si se escoge bien al entrevistado, se pueden aprender grandes cosas o pequeñas verdades inolvidables. «Sabemos todo del átomo y nada de las personas», me dijo el extraordinario violinista Yehudi Menuhin como resumen de la tendencia social imperante desde hace años y no he podido olvidar esta metáfora de una realidad que da bastante de sí.

Recordaré una vez más que en una entrevista concurren no dos sino tres protagonistas: el entrevistado, el entrevistador, y obviamente ambos están en presencia de ese tercer «personaje», el público, que legitima preguntas y respuestas. Es una cosa muy distinta del teatro: es un hecho real, nunca una representación. El conocimiento de este marco general es básico antes de plantearse la entrevista como género periodístico.

Lo que yo he aprendido

Voy a basarme en lo que yo he aprendido, tanto como lectora como por haber realizado entrevistas en circunstancias de lo más variopinto a lo largo de diferentes periodos del periodismo del siglo xx.

No fue lo mismo hacer entrevistas sueltas y largas en revistas que tener la oportunidad de hacer una sección de entrevista diaria corta (de dos o tres folios) durante cuatro años en *El Periódico de Catalunya* en los años ochenta y repetir el experimento de la entrevista diaria en *La Vanguardia* entre 1995 y 1999.

En los primeros años ochenta, en España apenas había relaciones públicas, pero a finales de los noventa cualquiera tenía un jefe de prensa. Y, en ese tiempo, las entrevistas se habían transformado en un instrumento de promoción, más que de información.

Esto quiere decir algo muy sencillo: durante los ochenta yo buscaba a los entrevistados, sin ningún problema, todo hay que decirlo. Pero en los noventa la cosa cambió: los entrevistados me buscaban a mí, con lo cual había que dar no pocos «no» y quitarse de encima lo sobrante. La mercantilización del periodismo transformaba las entrevistas en una plataforma muy deseada para la promoción de personajes.

Y tampoco fue lo mismo hacer de la entrevista tema preferente de un dominical, primero en *La Vanguardia* y luego en *El País*, o intentar utilizar el gancho básico del género (descubrir personalidades desconocidas y gente nueva) prescindiendo de las «estrellas» consagradas, preferidas por los redactores jefes.

Aclaro enseguida que los jefes de redacción tienden a pensar que a la gente le atrae más una «estrella» que un desconocido por más interesante que éste sea. Con lo cual los personajes ya famosos tienen mucha ventaja sobre los que no lo son. Pero —es mi opinión— hay que huir de ellos como de la peste: suelen tener respuestas de disco rayado y siempre están de promoción.

Es mucho más difícil lograr publicar entrevistas con personajes «desconocidos». En este volumen que tenéis entre las manos hay algunos ejemplos de lo que digo, lo que sucede es que muchas veces estos «desconocidos» acaban siendo, años después, por méritos propios, verdaderas «estrellas». La anticipación de este futuro, el descubrimiento de personajes, es uno de los más grandes gozos para un periodista. Hay que tratar de no hacer lo que todos hacen y cubrir huecos informativos, eso es importante.

A lo largo de esta trayectoria tenía siempre presente algo que a mí siempre me ha atraído: me gusta la gente, conocerla y darla a conocer. Una colega, Julia Otero, me lo resumió así: «A la gente le gusta la gente». Es cierto. Las entrevistas tienen muchas veces éxito por esto tan sencillo. Escribir sobre la gente y lograr para ello su colaboración es otro privilegio.

Modelos personales y vicios universales

Recuerdo perfectamente las buenas entrevistas que he leído a lo largo de mi vida más por la admiración que han dejado en mí los entrevistadores que los entrevistados. Cito, desde luego, a Oriana Fallaci (*Gaceta Ilustrada* publicaba en España algunas de sus entrevistas), al escritor Baltasar Porcel en su época de la revista *Destino*, que aportaba personajes lejos de la ortodoxia franquista, y, por supuesto, a tantos colegas de medios españoles admirados y queridos. Todos ellos me han enseñado y enseñan algo. Entre otras cosas, que un buen entrevistador siempre ofrece algo interesante al lector.

También he aprendido de las malas entrevistas: sólo éstas ayudan a saber que hay que librarse del fraude o del tópico. Nada peor que aburrirse leyendo una entrevista, tener la sensación del *déjà vu* o acabar pensando el ridículo que hacen entrevistado y entrevistador.

He sido testigo de múltiples y nefastas modas en las entrevistas: ¿por qué hay que hacer entrevistas de pregunta y respuesta?, ¿es la entrevista un género literario?, ¿tiene que ir una sección de entrevistas obligadamente en la contraportada?, ¿debe la entrevista ser el retrato del personaje?

Ha habido épocas en que han desaparecido las preguntas de las entrevistas, otras en las que una entrevista pretendía ser un *retrato definitivo* del personaje, y no pocas en las que sólo contaba la capacidad literaria, que pasaba por encima de la fidelidad a la realidad. Incluso conocimos periodos en los que en la prensa escrita apenas salían entrevistas. Y en ocasiones recientes algún cursi ha hablado también de la «entrevista/relato»!

Las entrevistas/glosa o hagiográficas me han parecido siempre tan detestables como las muy de moda en ciertas épocas *entrevistas a la contra* o *entrevistas de fantasía* (por no calificarlas directamente de invento). Ahora mismo me parecen impresentables esas *entrevistas/espectáculo* que prefieren tantos medios y cuyos *secretos* me he visto yo misma obligada a explicar en los últimos cursos de mis alumnos para que no se quedaran sin trabajo, ya que los medios parecen primar el show y el efectismo.

Cuando una entrevista se convierte en show ha de ser, en todo caso, un show exquisito y original. Recuerdo la primera entrevista que le hice al escritor Álvaro Pombo, recién *descubierto* por el editor Herralde. Estaba Pombo tan contento con su incipiente fama que montó un número (de palabras de doble sentido y jeroglíficos) divertidísimo, insuperable. Como entrevistadora se lo agradecí infinitamente y he observado que nunca le salió lo mismo en otras de las múltiples entrevistas que desde entonces le hicieron. Pero éste fue un caso excepcional.

Es posible que me considere una purista del género, pero no me siento cómoda escribiendo una conversación en la que no hay preguntas y respuestas cuando las ha habido. Soy incapaz de escribir «como si» yo fuera el personaje, y la opinión que yo tenga acerca de él, que es lo que suele hacerse cuando es una «entrevista sin preguntas», me parece irrelevante (salvo en una necrológica).

Creo además, y sobre todo, que los personajes «se definen por sí mismos». Sólo hay que dejarles hacerlo: son ellos los que hacen bien las cosas o se ridiculizan. Son ellos los que quedan como unos tipos formidables o como unos desgraciados o mentirosos. Para lograr este propósito el periodista sólo tiene que ponérselo relativamente fácil para que se expliquen.

Contaré una anécdota personal que puede orientar tanto sobre lo imprevisible como sobre lo que acabo de decir y las lagunas insoslayables del periodismo.

Solicité, una vez que estuvo en Barcelona, una entrevista con el comisario europeo de Telecomunicaciones, el alemán Martin Bangemann. Era en 1995, tenía media hora y quería preguntarle por las ventajas que para los ciudadanos iba a tener el Plan de la Unión Europea para extender el uso de ordenadores. Era un tema que a él le favorecía, pero que parecía interesante conocer de primera mano. Allí fui.

La entrevista se celebraba en un saloncito del Ayuntamiento de Barcelona. Nada más verme, el señor comisario me lanza: «¡No hablo de mi vida privada, señora!». Sorprendida, le contesté que no me interesaba su vida privada sino el plan de telecomunicaciones. Tras un respiro de alivio, el comisario recitó un papel bien aprendido, muy generalista, de las maravillas del plan. Me pareció tan de ciencia ficción que acabé preguntándole si él ya utilizaba habitualmente ordenador en su trabajo de comisario. Su respuesta no tuvo precio: «Ah, no. Claro, lo utilizo para jugar a las cartas, sobre todo. Es mi secretaria la que trabaja con él y le es muy útil». Ahí acabé yo la entrevista: el comisario sólo «jugaba» con los ordenadores, era su secretaria la que trabajaba con él, ah. Toda una declaración de principios, sin duda.

Quedé semisatisfecha con la entrevista: no había tenido elementos para juzgar la bondad del plan, pero el propio comisario lo había descalificado: él no creía en los ordenadores, sólo los usaba para jugar.

La historia no acabó ahí. Muchos años después, hablando con un colega alemán sobre Bangemann, que se había recolocado en una multinacional de la electrónica tras su paso por la Comisión, me contó el escándalo personal de su vida privada —separación de su mujer, etcétera— que marcó su paso por Bruselas. Comparando fechas llegamos a la conclusión de que cuando yo le hice aquella entrevista en Barcelona el proceso de su separación aparatosa ocupaba las primeras páginas de los diarios alemanes. ¡Y yo sin enterarme! Por eso me había dicho que no hablaba de su vida privada, pero, efectivamente, su vida privada era mucho más noticia que todo lo demás.

Cosas como ésta pueden pasar más de lo que uno piensa y hay que tomárselo con humor, por lo menos. Y aprender de la experiencia. Todos los actos humanos suelen tener explicación. Es clave.

En la práctica, como en la radio

A medida que he ido conociendo mejor la mecánica del género, tampoco me siento cómoda haciendo perder tiempo al personaje porque yo no he sido capaz de conducir la conversación por donde había que hacerlo.

Considero la práctica, bastante habitual en prensa, del «corta y pega» como una ofensa al lector en general y sólo la justifico cuando es necesario subrayar ciertas cosas. Una entrevista de prensa, para no traicionar al personaje ni a lo hablado con él, debe, en mi opinión, reproducir fielmente el desarrollo de la conversación como si fuera (casi) para la radio. (Sólo he conocido a una persona, el escritor barcelonés Eduardo Mendoza, que en una entrevista habla con puntos y comas, cosa comodísima para el entrevistador.) Lo contrario me parece una falta de profesionalidad del periodista, o falta de preparación, o equivocación en el planteamiento, o deshonestidad de cara al lector. O todo ello a la vez.

Un profesional debe saber que una conversación de diez minutos da, al menos, para dos o tres folios, ¿por qué ha de pasar más tiempo con el entrevistado?, ¿no es una falta de preparación periodística el pedir una hora (o dos) de entrevista para sintetizarla en tres o cuatro folios?